

sangre y aceptó una condición que ahora le encierra en una contradicción consigo mismo. Si mañana es electo Presidente de la República habrá de protestar el cargo ante un Cuerpo Legislador que él declaró en San Luis Potosí, ser ilegal, y exponerse á que su legítima elección sea desaprobada con la misma ley que aprobó la ilegítima del general Díaz.

Hay, pues, un grave peligro oculto y latente en la existencia de la actual Legislatura y los hombres de la Revolución que no han querido dar un golpe de Estado, deben guardarse mucho para no sufrirlo ellos mismos, en la hora menos pensada.

## CAPITULO XIX.

El despecho de los vencidos.—Curioso capítulo de cargos contra Madero.—La Evolución tras la Revolución, ó sea la causa tras el efecto.—Nepotismos.—El ambiente de la libertad.—Ejemplo democrático.—El candidato de Oaxaca — Viaje de Madero al Sur.—Escena emocionante en Tlaquilteango.

Poco había de tardar el despecho de los vencidos en manifestarse ruidosamente, aprovechando la era de libertad que, muy á pesar suyo, acababa de inaugurarse. Y fué el licenciado don Jorge Vera Estañol, ex-Secretario de Instrucción Pública y Gobernador en el último Gabinete porfirista, el encargado de formular un capítulo de cargos al gobierno provisional y al señor Madero. Al efecto, publicó un apasionado opúsculo en el que acusaba al jefe supremo de la Revolución de haber caído inmediatamente, en el "nepotismo," y en el "favoritismo," ya que había impuesto inmediatos parientes suyos en el ministerio—la Barra, y reclamado dos carteras para los hermanos don Francisco y don Emilio Vázquez Gómez; así como porque imponía partidarios suyos á los gobiernos de los Estados, cosa que el señor Estañol consideraba como "militarismo" é "ilegalidad." Acusábale también de "indiferente" á la suerte de la Nación y de otros muchos pecados políticos, acabando por descubrir el verdadero objeto de su diatriba, que no fué



otro que el de buscar en el descrédito de la Revolución, méritos para un nuevo partido político basado en la Evolución. (¡Caso verdaderamente curioso! Evolucionar después de revolucionar, es un contradictorio, á menos que no se evolucione contra la obra revolucionaria, y en cuyo caso, mejor que Evolución, es Reacción lo que el señor Estañol busca).

Don Francisco I. Madero destruyó fácilmente el capítulo de cargos formulado contra él, dejando al despechado ex-Secretario de dos carteras (quinta esencia del nepotismo), en el concepto público que le correspondía. Pero el nepotismo quintaesencializado del personaje, en cuestión, acabó de acreditarse cuando mereció de una de las Secretarías de Estado, que acababa de desocupar (la de Instrucción Pública y Bellas Artes), el siguiente y conminatorio oficio, que lleva la fecha del 17 de Junio:—"Sírvasse usted decir "á esta Secretaría cuál de los dos empleos que tiene "en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y de los "que está usted separado por haber obtenido licencia "desea conservar, si el de profesor del curso práctico "de casos selectos, ó el de profesor de derecho mercantil. Libertad y Constitución, etc." ¡Tan limpio de culpa se exhibía el acusador de Madero!—Había, nada menos, que desempeñado á la vez, cuatro cargos retribuidos: dos Secretarías de Estado y dos cátedras.....

\*  
\* \*

Pero aquel ambiente de libertad, era propicio no solo al desahogo político, sino también á diversas clases de desahogos. Antes, ni los más fuertes varones se atrevían á emitir el voto que les reconocía la ley, y ahora, hasta las débiles mujeres elevan al Primer Magistrado de la República un memorial, solicitando

que por medio de las Cámaras Legislativas, se las declare electoras. Otras feminas, por su lado, pedían amplísima ley en materia de divorcio, razonando su petición como podría hacerlo la yanqui más preocupada.

La prensa, al mismo tiempo, se indemnizaba de su largo mutismo y daba pasto á la lengua, permitiéndose hablar de todo, intervenir en todo, juzgar en todo.....

Algún periódico, que jamás se había permitido hacer una observación desagradable á los hombres del Poder, se enfrentaba ahora con el Jefe Supremo, y venía á decirle que no desempeñaba satisfactoriamente el alto cargo, por esto, por lo otro y por lo de más allá; cargos que se encargó de desvanecer el señor de la Barra, en términos oportunos, llamando la atención sobre la excepcional situación porque estaba atravesando el país, favorable todavía á lamentables incidentes.

Mientras tanto, la calma iba recuperándose; la esperanza iba renaciendo, y la situación iba normalizándose, á pesar de la nota pesimista é interesada de los enemigos de la Revolución, é iba practicándose democracia.

En el Tívoli del Eliseo tuvo lugar la Convención chiapaneca para lanzar la candidatura al Gobierno de aquel Estado, resultando electo, frente á diversos candidatos, don Flavio Guillén. La elección fué discutida y disputada dentro de un orden admirable, y al final el vencedor recibió la sincera felicitación de los vencidos. Corresponde, pues y por eso lo hacemos constar, á los chiapanecos el haber predicado con el ejemplo una de las virtudes democráticas que se debe estimar como un fundamental principio.



\*  
\* \*

Por estos días, Oaxaca, burlada durante años, como todas las entidades federativas, en sus aspiraciones de política local, recibe con inusitado entusiasmo á su candidato popular, don Benito Juárez Maza, y desautoriza por completo las otras candidaturas que asomaban la cabeza al gobierno del Estado. Como tenemos motivos especiales para conocer á fondo el sentimiento político que allí reina, podemos dar por seguro que aquel pueblo ratificará en las urnas, su confianza al señor Juárez, anulado otras veces por la mano formidable de la Dictadura, que le escamoteara el voto público, siquiera fuese en favor de uno de los "científicos" del viejo régimen, más honrado y caballeroso, cual fuera el licenciado don Emilio Pimentel.

\*  
\* \*

Después de breves días de permanencia en la metrópoli, el incansable caudillo de la Revolución, se dirige á Morelos y Guerrero, á girar una visita á su ejército del Sur, que tan bizarramente contribuyera al triunfo de la causa. Desde Cuernavaca á Chilpancingo, el caudillo fué objeto de las más entusiastas demostraciones de simpatía, tanto por parte del ejército libertador como del elemento popular. En las capitales de ambos Estados, el recibimiento fué, proporcionalmente, tan grandioso como el que acababa de obtener en la capital de la Nación. Y los grandes prestigios que consigo llevaba supo acrecentarlos durante el viaje poniendo de relieve cualidades que sólo personalmente se dan á conocer.

A su paso por Tlalquitenango, tuvo ocasión una escena hondamente emocionante, que consagró en Madero al hombre fuerte, y de alta conciencia del de-

ber. La comitiva hubo de pasar frente al que había sido domicilio del cabecilla Tepepa, fusilado días antes por el general Figueroa, convicto y confeso de actos de bandidaje. La casa ostentaba los lutos, y la viuda del ajusticiado, rodeada de pequeños hijos y de otros familiares, derramando copioso llanto, clamó justicia al caudillo. Y éste, sobreponiéndose á su condición altamente compasiva, responde á la atribulada mujer:

—Pedís justicia y la justicia está hecha. Tepepa fué ajusticiado por su vandálico comportamiento. La revolución, que vino á restablecer el imperio de la ley y el reinado de la Justicia, no puede hacerse solidaria de los actos de un bandido. Comprendo vuestro justo dolor, como comprendo nuestro triste deber."

Y Madero se alejó con los suyos, dejando tras de sí una honda desesperanza, pero llevando consigo la gran fé de la Justicia. . . . (1).

---

(1) A su regreso á México, dió un manifiesto al pueblo, que consideramos muy importante. Véase el Apéndice número 11.



## CONCLUSION.

En las páginas que anteceden, hemos reseñado, con más ó menos extensión, los episodios sobresalientes en esa gran epopeya que llamamos la Revolución Maderista, cuyo triunfo encierra para la nación mexicana, interesantes consecuencias en el orden político, social y económico.

Apenas comienza á cumplirse el programa de don Francisco I. Madero, proclamado en el Plan de San Luis, y vemos ya cómo se restituye la moral á la administración pública que la había perdido; el Tesoro economiza hoy una enorme cantidad de miles de pesos en subvenciones suprimidas, en sueldos inútiles de cargos imaginarios que desempeñaban los científicos, en gastos y despilfarros que se hacían en todos los ministerios y que tan solo servían para enriquecer á comerciantes protegidos ó á industriales panaguados de la política.

Los hombres de arriba, por sus antecedentes, ofrecen más garantías á los de abajo, y las masas tendrán que imitar de ellos ejemplos de civismo y de honradez, como antes imitaban ejemplos de depravación y de tiranía. El pueblo se prepara para ejercer sus derechos al amparo de las leyes, que ya no serán

para él un mito, ni estarán al servicio de la dictadura para dar carácter legal á todos los atropellos. Ya no veremos la Justicia vendida al mejor postor, ni el periodista encarcelado, ni amordazados los congresistas representantes del pueblo, ni los ciudadanos atropellados en las comisarías, ni el comercio y la industria agobiados por las socaliñas de impudentes inspectores. Y confiamos en el mejoramiento de las cosas, no tan sólo por la garantía que ofrecen los hombres nuevos, sino por la prueba de virilidad que acaba de dar la nación demostrando que ya nunca jamás consentirá tiranos ni admitirá cadenas. Los hombres nuevos habrán de mirarse mucho en el espejo de los últimos acontecimientos y acoplar sus actos y su política á la enseñanza que encierran.

La nueva era de libertad y progreso que parece inaugurarse para la nación mexicana, tan digna de ella, por sus virtudes cívicas, la debe á un solo hombre, aun cuando fueron muchos los que le ayudaron en su gigantesca labor; como la idea se debe á una sola celdilla cerebral, aún cuando todos los miembros del organismo hayan contribuido á extenderla. Ese hombre fué bastante inteligente para concebirla; bastante osado para enfrentarse con un poder temido de todos; bastante viril para sostenerse en la lucha y triunfar; bastante noble para no perseguir á los vencidos con la espada de la ley; bastante generoso para haber puesto su fortuna personal al servicio de la causa del pueblo.

Pero el triunfo de ese hombre ha sido tan completo, tan rápido y tan prodigioso, que, para explicárnoslo con lucidez, debemos echar una ojeada general á los sucesos que hemos relatado en este libro, haciendo la síntesis después del análisis, para que resalten las causas y fenómenos á que obedeció.



La situación porfirista estaba minada en sus cimientos: sus propios mantenedores, los nefandos científicos, fueron los que royeron su base hasta dejar la fábrica casi sin contacto con el suelo. Divorciada de la opinión pública se tambaleaba esperando el huracán que había de derribarla. Bastó el empuje de una mano poderosa para hacerla caer estrepitosamente.

D. Francisco I. Madero conocía el estado de la opinión pública. En su larga gira por el país, tuvo ocasión de ver que la mina estaba perfectamente cargada y sólo faltaba la encendida mecha que la haría explotar. El se encargó de tan temerario acto, sin arredrarse ante el doble peligro que corría; la mina podía envolverlo en sus destrozos y también podía no estallar y, ¡ay de él si la explosión fallaba!

Para asegurarse del éxito tuvo que atender á mil y un detalles, algunos nimios, al parecer y que sin embargo, de omitirlos, hubieran sido su ruina. Hubo de buscar jefes en las distintas localidades, entre los más lastimados por los abusos del régimen, sin tener en cuenta, en la mayoría de los casos, sus actitudes para la guerra: más le convenían caudillos convencidos y entusiastas que estrategas indiferentes. Organizó el reparto de armas por todo el país, con tanta habilidad y cuidado, que las autoridades no han podido sorprender remesa alguna de ellas. Instruyó á los cabecillas en el plan que debían seguir para que todos obrasen de un modo análogo en sus respectivas zonas, consiguiendo la unidad en todas las operaciones de la guerra. Pobló de agentes las plazas de los Estados Unidos, para que hiciesen las compras necesarias de armas y municiones y las acercasen á la frontera, burlando la débil vigilancia de las autoridades americanas. Estableció un servi-

cio de espías y correos, que facilitado por el estado de la opinión, resultó verdaderamente maravilloso. Cuando tenía noticias de que sobre la frontera un convoy de armas esperaba la ocasión propicia para atravesarla, daba aviso á diferentes partidas próximas á la línea divisoria para que atacasen á los federales á derecha é izquierda del lugar por donde se iba á introducir el convoy; y los federales cayeron siempre en este lazo, pues se distraían persiguiendo á los rebeldes que fingían la retirada para alejarlos de la frontera.

Cuando señaló la fecha para el alzamiento general, tenía atados todos los cabos de tan vasto plan, y el triunfo de la revolución demostró lo acertado de sus disposiciones. Modesto, con la modestia del hombre verdaderamente sabio, no quiso fiar tan solo á su inteligencia el método de las operaciones activas y constituyó una Junta Consultiva Estratégica, con algunas personas que le seguían en sus ideas, y que por haber pertenecido al ejército, tenían los necesarios conocimientos técnicos. De esta Junta formaron parte tres extranjeros cuyos servicios le fueron muy útiles: Mr. Viljoen, general boer; José Garibaldi, nieto del héroe italiano, con gran dosis de experiencia de esta clase de guerras, por haber peleado en el Transvaal, en la América del Sud y en Centro América; y por último, Mr. Hay, americano muy entendido en el arte militar, que desgraciadamente cayó prisionero de Eguía Lis en la batalla de Casas Grandes. Madero sometía á esta Junta sus planes; la Junta los ajustaba á los principios científicos del arte militar y los cabecillas los perfeccionaban al ejecutarlos por el completo conocimiento que tenían del terreno en que debían operar.

Distrajo la atención de los ejércitos federales so-



bre un mismo punto: Chihuahua. Consiguió que allí se concentrase el mayor núcleo de tropas con que la situación podía contar, encerrando con ellas á los mejores generales de que disponía; después, aisló la plaza, dejando aquellas fuerzas inmobilizadas en una inmensa ratonera.

El triunfo de la revolución estaba descontado porque era un movimiento popular y general en el país, de los que triunfan siempre, pero fuerza es reconocer que los crasos errores militares del Gobierno facilitaron ese triunfo. No somos técnicos en el difícil arte de los Lúculos y de los Pompeyos, pero sometiendo el asunto á ese soberano criterio que se llama sentido común, hemos de reconocer que desde el primer momento del alzamiento revolucionario, al ver que su foco principal se hallaba situado al Norte de la República, el Gobierno debió acudir con todas sus fuerzas militares á guardar la frontera y privar á los rebeldes de los contrabandos de armas que por allí introducían; barrerlos después hacia el Sur, donde, faltos de aquellos elementos, tendrían que desbandarse. Pero el Gobierno, lejos de eso, dejó la frontera al cuidado de la policía americana, creyendo cándidamente, que aquélla estorbaría la revolución, y quiso atender á la vez, á todos los focos revolucionarios, con unos cuantos miles de hombres, cuando hubiera necesitado los ejércitos de Jerjes para cubrirlos todos. Además, parece que el ejército nacional no contaba con las 24 mil plazas que rezaban las listas de la Secretaría de Guerra, y que fueron apenas catorce mil hombres los que pudo movilizar. Apenas había comenzado la campaña y ya se hallaba agotado el Depósito de oficiales, y mediada aquélla, se vió que los generales no tenían cada uno más que unas cuantas compañías á su mando. Se notó

también la falta de una Capitanía General, un centro estratégico colocado en el teatro de la guerra, que unificase la acción de todos los jefes de zona, como hiciera Madero con sus cabecillas. Y esto trajo el desorden en las tropas federales, del que fueron ejemplos bien elocuentes, la peregrinación dolorosa del coronel Rábago y el encierro de 40 días que sufrió el general Luque en la ciudad de Ojinaga.

Otro error del Gobierno fué obligar á combatir solos los pequeños destacamentos de rurales diseminados por los pueblos de los Estados, los cuales, no solo eran vencidos fácilmente, sino que dieron así un enorme contingente á la defección. Esas tropas tan útiles en la policía rural en tiempo de paz, no sirven, aisladas, para la guerra. Debió reconcentrarseles y unírseles á los ejércitos de línea y formar, con todas, cuatro grandes cuerpos que operasen, sin fraccionarlos nunca, en el Norte, en el Centro, y en las costas de ambos mares.

Pero, repetimos, que los errores militares del Gobierno no fueron la causa del triunfo de Madero; cuando más, lo facilitaron. La fuerza de la revolución estuvo en su popularidad. Llegó á ser tanta, que jamás un cabecilla entró en poblado alguno que no saliese con su partida aumentada y aún duplicada por los voluntarios que se le adherían; mientras á las tropas federales les ocurría lo contrario, que no sostenían combate alguno en el que no sufrieran enormes bajas por la defección.

¿Y de dónde dimanaba esa popularidad de la causa maderista? Ya lo hemos dicho repetidas veces en el curso de esta obra. En las ciudades, en las villas, en los pueblos, en las haciendas y rancherías, en todas partes, abundaban los descontentos con la situación, los vejados por el Gobernador del Estado, los



heridos por el Jefe Político del Distrito, los despojados de sus bienes por el Presidente Municipal, los que habían hambre y sed de justicia, los que sufrían persecuciones injustas y los que se sentían agobiados por el peso de onerosos impuestos y vergonzosas gabelas.

El campesino rudo é ignorante no comprendía bien, acaso, la profunda tesis política de la bandera revolucionaria que se tremolaba á sus ojos, pero oía que se trataba de derribar á don Porfirio Díaz y comprendió en seguida que con el dictador rodarían al precipicio los tiranuelos de los Estados, los caciques de los distritos y los publicanos de los municipios. Y eso llenaba sus aspiraciones, y eso los impulsaba á engrosar las filas de los Tapia, los Figueroa, los Asúnsolo, los Orozco, y tantos otros cabezillas de la revolución.

El Gobierno se dió cuenta al fin de que al otro lado de los muros del Palacio Nacional donde se cobijaba, no tenía un solo amigo, ni un partidario, ni un defensor de su causa, fuera de aquel puñado de bayonetas que guarnecían cuatro ó cinco plazas de la República. Comprendió todo lo crítica que era su situación; sin ejército, sin simpatías en la opinión pública, sin apoyo en la vecina república del Norte, sin dinero en la Tesorería (1) y hasta sin jefes que oponer á los jefes de la revolución.

(1) El halagador Balance que el Ministro Limantour rindió á su sucesor en la Secretaría de Hacienda, por el cual aparecía una reserva de 62 millones de pesos, es un documento puramente ideal. El señor Ernesto Madero se vería en graves apuros si tuviera que disponer de ese dinero para alguna atención urgente, porque se compone de partidas en su mayoría irrealizables, que tienen su aplicación indicada é imprescindible. Cuando el señor Limantour practicó ese Corte de Caja, lo lanzó á los cuatro vientos como prueba de su habilidad financiera y honradez administrativa.

Y entonces fué á la paz. De ningún modo le convenía esperar un ataque á la capital porque en este caso quedaría rota toda solución de continuidad entre el régimen porfirista y el nuevo Gobierno; fué á la paz confiando en salvar de la catástrofe algunas fuerzas políticas que le eran adictas. Y no se equivocó del todo, porque salvó el Congreso de Diputados, que no sabemos por qué lo respetó la revolución. Si el triunfo de sus principios políticos demostró la ilegalidad de las últimas elecciones; si se depusieron los gobernadores de Estado y se obligó á dimitir al Presidente y al Vicepresidente de la República, por suponerse que habían usurpado esos puestos á la voluntad nacional; ¿qué motivos hubo para no disolver la Cámara, cuyos miembros procedían de la misma fraudulenta elección? ¿Es que, aparte un acto de fuerza, no se halló recurso legal para disolverla? . . . Bien puede ser; pero de todos modos la revolución no definió lo suficientemente este punto y dejó en

Muchos tragaron el anzuelo sin fijarse en que un Corte de Caja no amerita el estado económico de una negociación. De nada le serviría á un comerciante quebrado tener en caja cien mil pesos si debía trescientos mil. Para saber si los cacareados 62 millones representan verdaderamente un sobrante, sería necesario conocer un Balance de Activo y Pasivo de la Nación. Y no queremos aquí aludir á la Deuda nacional, amortizable ó no, porque no es exigible del momento, sino á la deuda flotante, que el Estado, como los individuos, tiene en todos momentos. ¿Es que en el instante de practicarse ese Corte la Nación no debía nada á particulares? ¿No debía á contratistas de obras públicas, á proveedores del Ejército, á fabricantes extranjeros de armamentos, á material de escuelas, á intereses de la Deuda, etc., etc., etc.?

Cuando se nos demuestre que el Gobierno ese día no tenía deuda flotante, ó exigible del momento, de ninguna clase, y que las distintas reparticiones donde el señor Limantour hace aparecer existentes esos millones no tenían atenciones que cubrir, sobrándoles por consiguiente las existencias, crearemos en las economías del señor Limantour; mientras tanto nos permitimos dudar de ellas.



pie el peligro, más ó menos remoto, de que en el polvo que cubre los escaños del Congreso, pueda germinar la venenosa yerba de los científicos.

Decíamos que el Gobierno fué á la paz y debemos añadir que fué á élla de un modo ilegal y poco noble. Ilegal porque no pudiendo someter el asunto á la Legislatura, lo resolvió á espaldas de ella; y poco noble, porque pretendió tomar de la revolución las ideas y dejar los hombres. Transigir con aquella y seguir gobernando son dos ideas incompatibles, dos conceptos encontrados, que no podían tener una solución intermedia. Si reconocía los principios revolucionarios, reconocía la ilegalidad de su mando, y era forzoso dejar el Poder. Al Gobierno no se le ocultaron los terribles términos de este dilema, pero quiso ganar tiempo tratando de resolver al absurdo el problema, sin tener en cuenta que mientras él ganaba días, la patria perdía muchos hijos, que caían heridos de muerte en los campos de batalla.

Pero sus recursos dilatorios de nada le sirvieron cuando tuvo en poder del enemigo una docena de importantes ciudades é innumerables pueblos de la República; cuando aquél conquistó á Ciudad Juárez é hizo prisionero á un prestigiado general. Entonces vió la catástrofe en toda su inminencia, y acordó ceder á la fuerza, dimitir el cargo, abandonar el Poder, pero abusando hasta última hora de la generosidad del vencedor. Cedió, pero con condiciones; condiciones que no figuran en el tratado de paz que se hizo público, pero que se conocen perfectamente por sus efectos en la política. Abandonó el sillón presidencial, que él había convertido en un trono, y se acogió al ostracismo, dejando entre nosotros la semilla del mal.

Pero si bien es cierto que el héroe de la revolución

aceptó ciertas condiciones, á trueque de suspender el derramamiento de sangre, también lo es que supo garantizar la causa por la que se lanzó á la lucha, exigiendo que al frente del Gobierno provisional quedara un honradísimo patricio, incapaz de burlar á ningún partido político ni de involucrar la ley para favorecerlos. El licenciado de la Barra, que fué el iris de paz en la contienda, es ahora el celoso guardián de las libertades públicas, ó sea el encargado de hacer efectivos los principios revolucionarios.

Creemos haber puesto de relieve, en las anteriores páginas, los hechos que soliviantaron la opinión pública haciendo necesaria la revolución, así como las circunstancias que concurrieron para hacer tan rápido y decisivo su triunfo. También hemos mencionado ligeramente los beneficios que ha de reportar á la Nación si no se falsean sus principios, pero réstanos llamar la atención á una consecuencia lógica, resultante de ella, cuyo benéfico influjo está ya del todo asegurado. Queremos aludir á los tremendos trastornos que hubieran ocurrido en el país, de haber continuado el estado de cosas anterior á Noviembre de 1910, y de ocurrir el fallecimiento del general Díaz en medio de un período de su mando. La más completa anarquía reinaba en las ideas políticas, que se hubiera transmitido inmediatamente al orden social. Las facciones, las banderías, los partidos personalistas se hubieran lanzado á la lucha en los campos y en las ciudades; el progreso y prosperidad que disfrutamos hubieran desaparecido, el crédito exterior se evaporaría, y el final de aquel caos hubiera sido, sin duda alguna, una vergonzosa y esclavizante intervención extranjera.

La revolución maderista, aunando personas y voluntades, aspiraciones y deseos, templando ambicio-



nes y encauzando todas las ideas por el camino feliz, el camino de la libertad y la democracia, nos libró de esa catástrofe que hubiera hecho retroceder á la Nación á los funestos tiempos de Santa Anna.

Aún cuando no fuera más que por eso, don Francisco I. Madero merece bien de la Patria.

\*  
\* \*

Consumada la obra revolucionaria en su aspecto militar, y en términos tan lisonjeros para la buena causa, habíamos de presenciar muy pronto, y por parte de cuantos tienen algún personal motivo para no congratularse de la ocurrencia, las más curiosas y divertidas manifestaciones del despecho. Cómplices hasta ayer, cuando no instrumentos de las innumerables arbitrariedades de la Dictadura, hoy, á los pocos días del nuevo régimen, ponen el grito en el cielo á la más leve sombra de ilegalidad que pueden advertir en la marcha administrativa. La conciencia de lo legal, que no diera fe de vida en seis mortales lustros de ilegalidades tremendas, despierta al fin—¡ más vale tarde que nunca!—para denunciar al mundo que la perfección suprema tampoco es patrimonio de los maderistas; que entre éstos los hay menos sencillos que las palomas y menos espirituales que los serafines; que el país no es propiamente una balsa de aceite; que los negocios no entran aún en el áureo cauce de la prosperidad; que los capitales extranjeros siguen retraídos; que los personalismos y las ambiciones comienzan á adquirir relieve; que la seguridad pública, en diferentes lugares de la confederación, no tiene garantías bastantes....

Y podría ser que no les falte razón á éstos novísimos partidarios de la legalidad y de los intereses procomunales. La Revolución tiene ante sí graves proble-

mas todavía, que habrá de resolver cuando sea Gobierno en toda su integridad y en toda su estabilidad. No ahora, dentro de lo nominal y lo transitorio. Y uno de esos problemas que habrá de afrontar con más prontitud y resolución, para devolver la calma á todos los espíritus, y restablecer en toda su grandeza el imperio de la Ley y la majestad de la Justicia (sin las cuales todo progreso y todo bienestar son un sarcasmo), es el problema de eliminar de la cosa pública á todos los políticos del antiguo régimen; á los identificados con sus malas artes, por ser de justicia, y á los otros, porque tan idóneos como ellos y con merecimientos especiales, no han de faltar entre los adictos al nuevo estado de cosas. La Revolución ha de ser completa si ha de responder fielmente á sus principios, ó simplemente á su nombre; ha de ser completa si ha de producir sazonados frutos. A poco que eludique, no se perderá totalmente, pero el país no tendrá que agradecerle mañana los bienes que tiene derecho á esperar desde hoy.

En alguna otra parte de este libro, hay variantes sobre el mismo tema (que reviste bastante interés para justificar la insistencia), en donde dejamos dicho que la Revolución ha de ser intransigente dejando á un lado hasta quedar bien consolidada, la condición adversa. Además, aquí se da el caso, verdaderamente inaudito, de que no se lastima ningún interés respetable llevando esa intransigencia hasta el fin. El antiguo régimen, al caer deja tras de sí solamente, intereses bastardos, los mismos que habían florecido como ningunos otros, bajo la acción monstruosa del privilegio oficial.

\*  
\* \*

Mucho habrá que exigirle en su día á la Revolu-



ción, que mucho prometió ella y otro tanto está obligada á cumplir. Tiene que reparar inmensas injusticias, ¡todas las injusticias de la Dictadura! Pero exigir ahora de la Revolución que en dos días restaure todo lo bueno, y haga de la Nación una especie de paraíso, resulta una impertinencia mayúscula. Menester será tener paciencia y esperar que la Revolución quede consumada en su aspecto político como quedó en el militar. Y esto lo decimos á la opinión pública, no á los elementos porfiristas y "científicos," que no hemos de convencer fácilmente. Ellos ya seguirán pidiendo á grito herido, capaz de enternecer á los ídolos de piedra, esas bienandanzas que solo ahora echan de menos para todos, por la sencillísima y convincente razón que asistía á cierta caritativa dama para compadecerse de unos pobres frailes, cuyo convento visitara una tarde de mucho frío: tener que salir de la mansión tiritando y sin merendar. Y seguirían imitándola, si de vuelta al palacio, delante de una buena chimenea encendida, y de una excelente taza de soconusco, la dama creyese que el tiempo había mejorado notablemente, y que la vida conventual era bastante llevadera á la sazón. No á los que en la Dictadura encontraban ventajas de carácter excepcional, sino á la generalidad de los habitantes del país, hay que traerlos, ó siquiera procurarlo, al camino de la paciencia. Cambios tan profundos y trascendentales, algo cuestan siempre, pues no se pueden comprar por gracia. El malestar que se observa, es el del enfermo que á la acción de enérgica medicina va en pos de la salud. Extranjeros y nacionales deben tener fe en la Revolución, y aceptar virilmente las consecuencias del cambio en lo que tienen de onerosas, sin entregarse á pesimismo impertinente. Bien está que los intereses materiales (que son los

que hoy padecen), sean objeto de constante preocupación, pero "no sólo de pan vive el hombre," que el espíritu también reclama su alimento. Si el pueblo, en la gran obra reparadora ha sabido comprometer y sacrificar el supremo bien, que es la vida, que se sacrifiquen intereses más secundarios y más reparables, no supone un gran mérito.

Quéjense amargamente los que vivían y medraban del favor oficial, que razón tienen de sobra para quejarse; anhelemos todos que la situación se normalice cuanto antes, y la nueva era se inaugure bajo los más felices auspicios, pero el mundo que vivió y medró al propio esfuerzo, que nada, en resumidas cuentas, tiene que agradecer á la situación ida, hará muy bien en no hacerse eco de pesimismo injustificados, y en prestar á la Revolución todo el apoyo moral que conviene á individuos morales. Ante el supremo bien del país, todos, nacionales y extranjeros, deben poner á contribución su desinterés: los unos, porque en él se meció su cuna, los otros porque no saben si en él hallarán su tumba. Para todos, la tierra en que se vive debe tener algo de sagrada y de amable, algo que predisponga en favor y en honor suyos.